

MAR 2022

Nº 25



RIVERA • ALONSO • DEL CASTILLO • GONZÁLES • GUTIERREZ • ÁLVAREZ • ZARCO • ÁVILA • PIÑA • ABARCA

EL ACCIDENTE

y otros relatos



CRÉDITOS

25

© 2022 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)
© 2022 Falco Rivera, Borja Alonso, Mauricio del Castillo, Omar González,
Alexa Gutiérrez, Micaela Álvarez Astudillo, Jorge Zarco, Iván Ávila Nieto,
Patricia Piña, Hori Abarca.

Directores: **Héctor Huerto Vizcarra,**
Gerardo Espinoza

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Isabel Arboleyda,**
Javier Gómez, Miguel Huertas,
Tanya Tynjälä y Daniel Arteaga.

Diseño de portada: **Gerardo Espinoza.**

Diagramación: **Gerardo Espinoza**

Corrección de estilo: **Héctor Huerto**
Vizcarra, Juan David Cruz,
Isa Arboleyda.

Revista digital de fantasía, ciencia ficción
y terror **Relatos Increíbles**

Nº 25: **Marzo 2022**

ISSN: **2413-9017**

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

www.patreon.com/relatosinc

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **@RelatosInc**



ÚNETE A LA
COMUNIDAD



COLABORA
CON NUESTRO
PROYECTO

ENTRA A:

► patreon.com/relatosinc





ÍNDICE

Editorial	05
Cartas desde Alteria	06
Mi caja de muñeca	09
Perros de cobre	11
Una ganga.....	13
Bajo la cama	17
El Hacedor Serpiente	20
La Página	33
La ola avanzada	40
Remisión	48
El accidente	51
Reseñas	61
Autores	65
Agradecimientos	67

EDITORIAL



Lo que está sucediendo con la campaña de Brandon Sanderson en Kickstarter es una señal inequívoca de que existe un mercado anglosajón de literatura fantástica muy fuerte. Lleva recolectando más de veinticuatro millones de dólares y la campaña tiene pinta de finalizar a fines de marzo con más de cincuenta millones de dólares de preventas. La pregunta es: ¿por qué no tenemos un mercado similar en habla hispana? Porque no es un problema de lectores, la cuestión es que nuestros lectores casi no leen a autores hispanoamericanos. Aquí queremos cambiar esa tendencia y creo que vamos en camino de lograrlo.

En este número tenemos 10 cuentos fenomenales. Para empezar, tenemos el cuento de Iván Ávila sobre unas misteriosas misivas que le llegan a un niño desde un mundo fantástico. Luego tenemos el relato de Patricia Piña sobre una niña a la que no le gusta ser tratada como una muñeca. Le sigue el relato de Jorge Zarco sobre un mundo postapocalíptico en donde los ecos de la raza humana se encuentran con los vestigios de nuestro actual presente. Borja Alonso, en cambio, nos cuenta un misterioso encuentro, de paso que nos advierte de los peligros de negociar con extraños. Por su parte, Micaela Álvarez describe un macabro escenario en donde el amor llega a su peor fin. Mientras que Omar Gonzáles nos presenta un futuro intergaláctico en donde los científicos y mineros del futuro realizarán un hallazgo más que sorprendente. Asimismo, Hori Abarca describe una misteriosa web que promete terrores inenarrables. Para luego trasladarnos a un universo futuro, de manos de Mauricio del Castillo, en donde un bebé prodigio pondrá en apuros el destino de la humanidad. Le sigue otro relato espacial, pero de la mano de Alexa Gutiérrez, en donde una entidad misteriosa interviene a un solitario astronauta. Finalmente, Falco Rivera nos presenta un cuento de viajes en el tiempo, en donde un par de tiemponautas tendrán que hacer de todo para mantener la línea temporal bíblica de nuestro planeta.

Héctor Huerto Vizcarra
Director de Relatos Increíbles



Cartas desde Alteria

Por: *Iván Avila Nieto*

Creo que fue un sábado por la mañana. Tendría cinco o seis años cuando apareció colgado el colorido buzón de madera en la puerta de mi habitación, bajo el letrero de los piratas en el que se podía leer mi nombre. Era un buzón sencillo, bastante plano, que tenía una tapa con bisagra a modo de tejadillo, en el que ponía en mayúsculas: «ALTERIA». Me resultó extraño, ¿quién había puesto aquello? Por supuesto, picado por la curiosidad, lo primero que hice fue abrirlo. Había una carta en su interior. La saqué e intenté leerla, aunque aún no sabía leer muy bien y terminé pidiéndole ayuda a mi madre, que estaba en la cocina preparando el desayuno.

—¡Mira, mamá, una carta! ¡Estaba en el buzón que hay colgado en la puerta de mi habitación!

—¡Ah, una carta desde Alteria! —dijo al cogerla y echarle un vistazo—. Es de un niño llamado Kilian, que vive allí... —Se sorprendió mi madre al ver el remitente.

—¿Alteria? —le pregunté, pues jamás había oído hablar de semejante lugar—. Y ¿quién es Kilian?

—Alteria, hijo, es un mundo mágico, paralelo al nuestro, en el que habitan duendes, hadas, brujos y dragones, reyes, piratas... y un sinnúmero de criaturas maravillosas. Y este niño te envía una carta porque, al parecer, quiere ser tu amigo y conocer cosas de nuestro mundo, o al menos eso dice en esta carta...

Yo no entendí muy bien aquello que me estaba contado mi madre, tan solo que la carta era de un tal Kilian que vivía en Alteria y quería ser mi amigo, y que se valía del buzón mágico para escribirme. Un



Mi caja de muñeca

Por: *Patricia Piña Guerrero*

Recuerdo mi infancia como una película en tonos sepia y sonidos de risas amortiguadas; escenas de la escuela, gritos, disciplina, proyectos y muchas tareas. Así como los fines de semana de juego en los parques en donde subía a los columpios, las resbaladillas, los pasa manos y mis favoritos: los volantines, en los cuales giraba hasta marearme.

A mi mamá nunca le gustaron mis actitudes y que me escapara para jugar fútbol o me lanzara de panza por el tobogán, pero es que nunca tuve interés en hacer amigas para jugar a la casita y tomar el té. Aunque ella siempre se esforzó por volverme una niña delicada, jugar conmigo a las muñecas y arreglarme como si fuera una de ellas, con vestidos de olanes, mallas blancas y listones rosas en el cabello, nunca pude adaptarme. He de confesar que reprimía el odio por esos atuendos porque me gustaba verla sonreír.

Aun así, al primer descuido huía al parque. Al final del día, mis vestidos quedaban arruinados, los listones de mi cabello se soltaban, los zapatos recién boleados terminaban cubiertos de lodo o con las zuelas despegadas por patear fuerte un balón, la tierra se metía entre mis dedos y mis uñas perfectamente recortadas.

De vez en cuando llegaba a casa con dolor en una rodilla ensangrentada y la voz lejana del único amigo que tuve y que, con el tiempo, se alejó de mí, resonándome en la cabeza:

—Te va a regañar tu mamá.

—«Te va a regañar tu mamá» no me lo recuerdes, es el tercer par de mallas que rompo este mes.



Perros de cobre

Por: *Jorge Zarco*

Hacia siglos que el beso nuclear había caído y se lo había llevado todo por delante, hasta el punto de que ni los más ancianos de la tribu recordaban sus causas o el porqué de la existencia de aquel mundo en que habitaban. Nadie sabía el origen de todo aquello, ni la posibilidad de que hubiese habido otras civilizaciones en el pasado, lo que se consideraba casi como una blasfemia por los ancianos de las tribus.

El viento radioactivo soplaba desde viejos tiempos en la noche estelar; cuyos meteoros caían sobre aquella tierra baldía. Una pareja de cazadores nómadas, Motra y Trakis, llevaban ya unos cuatro días mascando el viento radioactivo y arrastrándose sobre sus cuatro miembros deformes en busca de caza. Iban gateando sobre sus grotescas extremidades mutantes, producto de siglos de la evolución a costa del polvo contaminado de las llanuras baldías y las cenizas grises que una vez fueron la arena amarillenta y sana que cubrían las playas y los arrecifes.

—¡No veo nada! —Se quejó la muchacha a Motra, evidenciando la escasa visión que le permitía una tormenta de arena en aquel inmenso desierto que les rodeaba.

Ambos estaban perjudicados por su escasa percepción ocular de apenas un cincuenta por ciento, por culpa de una visión llena de cataratas, secuela de generaciones de mutaciones no deseadas. Esto llevó a Motra a quitarse sus esferas oculares para ayudarla en su avance. Ella le sonrió con sus tres hileras de dientes, mientras los vientos del desierto sacudían violentamente los harapos que habían saqueado a otros nómadas perdidos en las colinas.

Sin la protección de sus tribus y clanes, habían sido presas fáciles de sus envenenadas dagas curvas. Motra recordaba que, al despojar cadáveres de viajeros desarmados o inexpertos en la lucha cuerpo a cuerpo, se cobraba tarde o temprano un castigo de los dioses. Supersticioso como era, temía esa consecuencia tarde o temprano. Mas le quedaba el consuelo de que estos, al igual que ellos, eran adictos al canibalismo.



Una ganga

Por: *Borja Alonso*

En caso de avería, nueve de cada diez mecánicos aconsejaban aporrear el salpicadero del coche. Joan era un hombre protocolario, de los de vestir camisa y corbata en pleno verano, aunque hiciera una temperatura infernal, así que procedió a golpear el volante con rabia.

Sin embargo, es posible que lo hiciera porque no quería asumir que se le había averiado el coche en medio de la nada. Al menos, eso sugerían los hilillos de humo que salían del capó.

—¡Maldito... —Golpe—. Trasto... —Otro golpe—. Inútil!

Por suerte para Joan, el tópico no se cumplió y los *airbags* no le estallaron en la cara; escaso consuelo, dadas las circunstancias. Cerró los ojos, agarró con fuerza el volante e intentó calmarse. Era el padrino de la boda de su mejor amigo y este había tenido la feliz idea de celebrar el enlace allá donde Cristo perdió la alpargata. Así pues, no le había quedado otra que comprar un traje nuevo (lo llevaba en el maletero, ¡la prometida lo mataría si se presentaba en la boda con uno ya usado!) y alquilar un coche en un puesto de mala muerte a un precio que en su momento le pareció una ganga. El resto era historia.

Joan sacó el móvil por la ventana. No había cobertura. Abrió la puerta y, al salir del coche, su espalda pareció una pegatina, pues se despegó del asiento al estar empapada en sudor. El calor del quecarral era espantoso, como si te abrasara la garganta. Ya en la carretera, hizo pantalla con la mano y a su alrededor no vio más que campos amarillos extendiéndose hasta el horizonte. Parecían trigales, aunque la verdad es que él no sabía nada de agricultura. Resignado, decidió echarle un vistazo al motor del coche, pues es de sobra conocido que la capacidad para manejar maquinaria de los hombres es algo innato.

Joan no supo ni abrir el capó.

Cuando los ojos empezaron a escocerle por el sudor, desistió y se puso a rebuscar por el vehículo. En su momento, el vendedor de aquella



Bajo la cama

Por: *Micaela Álvarez*

Se despertó con un fuerte dolor de cabeza, algo habitual últimamente. Tanteó en la mesita de luz buscando las pastillas para el dolor, no las encontró. Refunfuñando, se sentó en la cama, siempre a oscuras; la luz le destrozaría los ojos y lo poco que le quedaba de paciencia. Abrió un cajoncito y ahí las encontró, se las tragó sin agua. Volvió a dormir. Así eran sus noches, una rutina que no la dejaba tranquila.

A Laura le gustaba otro tipo de noches, aquellas en que recordaba a su mamá cuando le daba un beso antes de dormir, o las otras en que primero le contaba un cuento su abuela, aunque nunca entendió por qué la mayoría de ellos eran terroríficos y moralizantes al mismo tiempo, y sin embargo ese recuerdo era feliz. También extrañaba las canciones de su abuela, un poco absurdas y descabelladas, pero que sin duda la dejaban en un estado casi hipnótico, ideal para el sueño. En cambio, odiaba evocar las imágenes de las noches tristes, esas en que su papá no estaba en casa, y escuchaba a su mamá llamar a los hospitales, a las comisarías para saber si terminó internado o preso.

En esas noches, recordaba que no dormía. Se aferraba a su osito de peluche, cantaba bajito esas canciones descabelladas que se sabía, a veces mezclando las letras, y pensaba en la muerte; pensaba: «mamá está buscando mal, seguro papá se murió y está en un cementerio». Incluso, a veces, tomaba corajey se fijaba debajo de su cama por si el cuco aferraba a su papá de las piernas, de los brazos, con dientes como garras prendidas de su cuello mientras le robaba el alma.

Porque si hay algo que Laura sabía era sobre el alma. Su abuela se lo explicó todo: el alma es lo que nos hace funcionar, movernos, sentir, soñar. El alma es eterna y nadie sabe de dónde viene o hacia dónde va, pero si pensaba que el alma de su padre se iría de mala gana con el cuco, de mala



El Hacedor Serpiente

Por: *Omar Gonzáles*

La herida en mi brazo era un tajo grande, pero no sabía si sangraba mucho o no, pues la torrencial lluvia se llevaba cualquier indicio de hemorragia sobre mi piel. Estaba exhausto y mi corazón latía como el agitar de las alas de un colibrí. No obstante, era imposible detenerme, debía llegar hasta el santuario del poderoso Hacedor Serpiente y suplicar al sacerdote que no detuviera el rito, por el contrario, que lo extendiera por más tiempo.

■ Al frente se extendía, como una montaña, el templo. Me detuve al pie de la rampa, que lo rodeaba ascendiendo hasta la cima, para tomar un respiro. Apreté con fuerza mi porra entre los dedos y corrí por el sagrado camino de la Serpiente Trueno.

Al llegar, encontré una visión sobrecogedora. El gran sacerdote estaba de espaldas, su capa ricamente adornada apenas rozaba el suelo y su tocado dorado coronaba la cabeza. Sus brazos eran rodeados por serpientes oscuras pintadas en la piel, cuyas fauces se amenazaban entre sí al llegar a la nuca. Dos ayudantes, a cada costado, parecían orar al cielo con los brazos extendidos, entre ellos reposaba el degollado sobre una plataforma de piedra. Un techo apoyado en cuatro vigas de huarango los cubría de la lluvia. Había tres habitaciones bellamente adornadas con dibujos sagrados, uno para el gran sacerdote, otro para los ayudantes y otro para las serpientes.

Caí de rodillas con la cabeza gacha y solté mi porra en señal de respeto. Aunque siempre había querido verlo de frente, por ley, no se podía mirar al sacerdote a los ojos.

—Gran sacerdote del Hacedor, apiádesese y perdone mi insolencia, pero traigo un mensaje del poderoso Señor de las Montañas, General de la Serpiente.



La página

Por: *Hori Abarca*

—No sé cómo dejé que me convencieras de venir —dije, mirando la pantalla del computador mientras bebía un sorbo más de cerveza.

—Tranquilo, Pato, ya vas a entenderlo todo —me insistió Elías, que daba vueltas lentamente en la silla de escritorio.

—¿No estamos un poquito viejos para creer en estas tonteras? —insistí.

Elías no me respondió. Siguió dando vueltas en la silla, mirando el techo. Éramos dos treinteañeros en una habitación que estaría completamente a oscuras si no fuera por la tenue luz de la pantalla del computador. Dos treinteañeros que se juntaban una noche a mirar una pantalla que mostraba una cuenta regresiva en números gruesos y negros en un fondo blanco, mientras se terminaban un *pack* de cervezas. Un panorama soñado y codiciado por cualquiera, la Internet en su máxima expresión. Miré mi teléfono, aburrido.

—¿Sabes por qué te invité a ver esta estupidez? —dijo de repente, apuntando a la pantalla con su lata de cerveza.

—¿Porque eres un supersticioso?

—No, Pato, yo *lo he vivido* —dejó de girar y acercó su mirada—. Cuando la cuenta atrás termine, vas a querer no haber aceptado venir.

Su mirada seria evitaba que me riera de lo que me estaba diciendo. Solté un bufido de incredulidad y miré la cuenta atrás: quedaban un poco más de cinco minutos. Un viento fuerte me hizo mirar la ventana al otro lado de la habitación. Afuera amenazaba con llover, y parecía que el viento era lo único que evitaba que la lluvia cayera. Volví a pegarme a mi teléfono.



La ola avanzada

Por: *Mauricio del Castillo*

Odio asistir a las juntas efectuadas en el No Sé Dónde y el No Sé Cuándo. Son tan aburridas que preferiría suicidarme con barbitúricos. Lo peor de todo es que ocurren en el preciso momento en que atiendo *La Atalaya de Romero*. Tener que vestir saco y corbata durante las juntas es algo desagradable. Por supuesto que porto un moño detrás de la barra, pero eso es diferente. Yo atiendo y escucho, y lo menos que puede esperar un intervenido de mí es ser vanidoso.

En el edificio principal del No Sé Dónde y el No Sé Cuándo se respira un ambiente frío y desanimado; el papeleo y la burocracia en su máxima expresión. Había encargado a Maricruz y al resto de las chicas que atendieran el lugar mientras yo, resignado, acudía a la junta como elemento importante del área de intervención. Es un trabajo difícil, pero alguien tiene que hacerlo.

Estuve a punto de cruzar la puerta de la sala de juntas cuando uno de los miembros del comité (ningún jefe mío, por supuesto; yo no recibo órdenes de nadie) me colocó una mano encima del hombro y dijo:

—Aguarde, señor Romero. Me están avisando que requieren su presencia en *La Atalaya de Romero*. Se trata de un nuevo intervenido. Apresúrese.

—Entonces quita tu sucia mano, animal, si no quieres que te la muerda.

Nadie dentro del comité tiene buena relación conmigo. Piensan que soy un tipo detestable y de malas formas. No los culpo. Me agrada más la compañía de los intervenidos y escuchar sus interesantes historias.

Me despojé de la apretada corbata, me quité el saco, me coloqué los tirantes y me ajusté de nuevo el moño. Alacé un poco mi bigote y listo: un cantinero dispuesto a escuchar a la gente y hacerles pasar un rato agradable para desahogarse. La bebida va por nuestra cuenta.



Remisión

Por: *Alexa Gutiérrez*

—¿Qué eres tú? —preguntó Sarp desde la oscuridad.

Escuchó una corriente de aire que nunca llegó a él y sus ojos trataron de enfocar algo, una pequeña luz, lo que fuera. Y, sin embargo, podía, con toda seguridad humana, sentir sus pupilas dilatarse. No estaba ciego.

Avanzó con sus botas pisando firmemente la lisa superficie desconocida. Cada uno de sus pasos emitió un eco que se desvaneció en un horizonte invisible. Sus brazos se habían mantenido estirados hacia delante tratando de encontrar algo a lo que aferrarse. Algo que le indicara qué tipo de lugar era ese.

O si había alguien más con él.

—Soy la misma entidad desconocida que tú eres para mí —respondió una voz artificial de tono frío como el miedo que recorre la espina dorsal.

Sarp se congeló, pero se mantuvo como quien no desea perder el equilibrio, con las manos en el aire a los costados. Su interfaz neural dentro de su traje de exploración espacial se encendió de pronto y saltó sobre sí misma. Aprovechó la oportunidad e intentó enviar una señal de auxilio. Los gráficos e íconos que le mostraba su interfaz no le dieron respuesta. Ni siquiera radio muerta, solo escuchó su propia respiración irregular.

¿Sería un fallo de la escafandra espacial de exploración? ¿El casco se había empañado con algo? No. Sarp sabía también que no era eso. Estaba encerrado en su propio traje y en ese lugar desconocido.

—No lo entiendo —dijo Sarp, con la impaciencia ganando sobre el miedo—. ¿Cómo puedes entender mi lenguaje? ¿Por qué me encierras? ¿Quién o qué eres?



El accidente

Por: *Falco Rivera*

Ya todo estaba a punto. La débil iluminación en la cabina favorecía la miríada de luces intermitentes de los controles y el destello de las diferentes pantallas de información. Faltaban cinco minutos para el viaje. Hicieron los últimos cálculos, oyeron las últimas órdenes, verificaron las coordenadas espaciotemporales fijadas con la excelente precisión del ordenador de desplazamiento, maravilla de la tecnología que no admitía error alguno de operación y que aseguraba el éxito absoluto de la misión. Los dos tiemponautas, uno un matemático, el otro un historiador, ambos militares, aguardaban con impaciencia el momento de *saltar* a otro marco del Espacio-Tiempo.

No era su primer *salto*. Era el tercero que realizaban y el sexto para la ciencia humana. Pero este tenía un interés especial.

Bastante especial.

En el viaje anterior, Jürgens y Becker tuvieron como propósito averiguar las causas exactas de la mítica separación de las aguas en el Mar Rojo, durante la salida de los primitivos israelitas de las tierras egipcias. Ni el matemático ni el historiador estuvieron preparados debidamente para lo que descubrieron.

«(21) Iba Yavé delante señalándoles el camino: iba de día en una columna de nube; iba de noche en una columna de fuego, iluminándoles para que caminaran de noche como de día. (22) Nunca se separó de ellos esta columna, ni en el día ni en la noche» (Éxodo, cap. XIII).

AUTORES



Borja Alonso

(Zaragoza, 1989). Escritor, cocinero y el auténtico fracasado renacentista. Ha participado en numerosas antologías y revistas de género. En 2020 publicó *Grumo y Mosquito*, una novela chorrofantástica premiada como mejor autopublicado nacional de fantasía.



Alexa Gutiérrez

(Mexicali, 1995). Licenciada en Sistemas Computacionales. Analista de negocios en una empresa de desarrollo de software y dibujante ocasional. Escribe ciencia-ficción desde 2011.



Hori Abarca

(Rancagua, 1990). Escritor novel de fantasía, ciencia ficción y realismo mágico. Actualmente escribe de manera *freelance*, y ha publicado sus cuentos en revistas como *Metahumano y Fantástica sin Fronteras*.



Falco Rivera

(Lima, 1969). Fotógrafo. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima. Actualmente trabaja en consultorías de edición fotográfica y como educador visual. También ha escrito artículos de cultura popular para distintas revistas.



Iván Ávila Nieto

(Valladolid, 1978). Filólogo hispanista especializado en literatura medieval. Coautor del libro de fotopoemas *A Retazos* (1999). Ganador del III certamen de poesía Rafael Alberti (2005). Segundo premio certamen de poesía Alvar Gómez de Castro (2020).



AUTORES



Jorge Zarco

(Madrid, 1973). Experto en cine y derivados. Estudiante de literatura y poesía, ha publicado en prensa impresa y digital de carácter *underground* desde los diecinueve años.



Micaela Álvarez

(Buenos Aires, 1988). Bibliotecaria, promotora de la lectura. Actualmente trabaja en diversos proyectos culturales que tienen como único fin la promoción y difusión de la lectura y la escritura. Administra comunidades culturales virtuales dedicadas a la lectura y a las bibliotecas en general. Ha publicado en revistas especializadas en el género del terror desde 2018.



Mauricio del Castillo

(Ciudad de México, 1979). Es autor de las novelas *Metástasis mental* (2017), *El huevo de knat!* (2020) y las colecciones de relatos cortos *La variable multimillonaria y otros relatos* (2012) y *La nave de la discordia y otras piezas de anticipación* (2014).



Omar Gonzáles

(Lima, 1978). Omar Gonzáles. Estudio Comunicación Social (Universidad Nacional Mayor de San Marcos). Se desempeña como diseñador multimedia e ilustrador. Dedicado a crear historias escribiendo y/o dibujando. Produce cuentos e historietas desde 2014. Mención honrosa en «El Cuento de la Mil Palabras» (Caretas).



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987). Artista, escritor y diseñador gráfico. Ha ilustrado y diseñado más de 50 portadas de libros y revistas literarias. Publicó en varias antologías y revistas literarias. La portada de este número es obra suya.



Paty Piña

(Estado de México, 1989). Licenciada en sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana. Docente de ciencias sociales, humanidades y educación especial. Apasionada de la novela negra y el realismo mágico. Actualmente escribe su primera novela *Los hilos perdidos* de Mnemosine.



AGRADECEMOS INFINITAMENTE A NUESTROS PATREONS

GRACIAS A ELLOS PODEMOS
CONTINUAR TRAYENDO PARA USTEDES
LA MEJOR LITERATURA EN NUESTRO IDIOMA.

ELI JIMÉNEZ
GELBER BONIFACIO
RICHARD RIMACHI
JUAN DAVID CRUZ
JAIME VÁHEZ
EDUARDO MONROY
CÉSAR LÓPEZ EIREOS
WILLIAM FLORES

MARIANGELLA UGARELLI
MIGUEL ORTIZ
JEAN LUGO
JAIME TORAL
REGINA SARTE
ALBINO MONTERRUBIO
LAURA JIMÉNEZ
EDÉN FALCONI




ALHELÍ MÁLAGA
SALVADOR ORTIZ
OMAR GONZÁLES
PEDRO CASTRO PUENTE
FALCO RIVERA
JOSÉ GONZÁLEZ
ALDÁN LOUREYRO
ESTEBAN CASTELLANOS

ÚNETE:

▶ patreon.com/relatosinc


GERARDO
ESPINOZA


ACUEDI
EDICIONES

 / RelatosINC
 / Acuedi Biblioteca
 / Relatos Increíbles



Merlin Chambi Sallegos

Cuentos DE LA Biblioteca de Merlin

EN ESTE LIBRO PRESENTARNOS 11 RELATOS DE FANTASÍA, CIENCIA FICCIÓN, AVENTURA Y SUSPENSO. TENDREMOS ASÍ FUTUROS APOCALÍPTICOS, BATALLAS EN CAMPOS VIRTUALES, NOSTALGIAS PERSONALES, SIRENAS MITOLÓGICAS Y MUCHO MÁS. CUENTOS QUE SEGURAMENTE QUEDARÁN MARCADOS EN LA MEMORIA DE SUS LECTORES.

BÚSCALO S/ EN TU LIBRERÍA FAVORITA 40

O PÍDELO AQUÍ:

993258125 |  /AcuediBiblioteca



Armonías en la noche

Un osado investigador decide reconstruir un suceso de hace casi veinte años atrás, cuando una familia entera de campistas fue testigo de los hechos más tenebrosos y sorprendentes posibles. Para ello tendrá que investigar a fondo, entrevistar a los implicados y reconstruir los acontecimientos en el lugar mismo donde se produjeron. ¿Podrá develar el misterio que ocultan estos testimonios?

En esta primera novela de **José Saravia Estrada**

nos enfrentamos a una historia que nos mantendrá en vilo en todo momento.

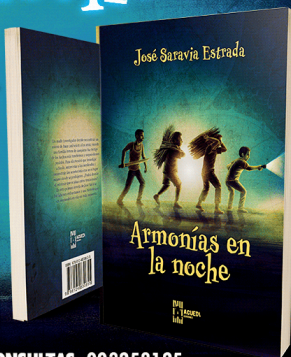
BÚSCALO EN TU LIBRERÍA FAVORITA

30 SOLES

O PÍDELO AQUÍ:

 /ACUEDIBIBLIOTECA

CONSULTAS: 993258125





PUBLICA CON NOSOTROS:



5 AÑOS DE EXPERIENCIA CON +80 PUBLICACIONES

ASESORÍA PARA VENDER LIBROS A TRAVÉS DE PLATAFORMAS WEB | PUBLICAMOS LIBROS IMPRESOS Y DIGITALES (EPUB Y PDF) DISTRIBUCIÓN DE LIBROS



ESCRIBE AL CORREO: hector@acuedi.org

9 9325 8125

f / ACUEDI BIBLIOTECA



NECESITAS UNA PORTADA ÉPICA PARA TU LIBRO?

f GERARDO ESPINOZA.SPX

* PRECIOS ESPECIALES PARA ESCRITORES Y EDITORIALES INDEPENDIENTES



★ 100% DIGITAL TABLETA WACOM

FANTASÍA
MINIMALISTA
CIENCIA FICCIÓN
CONCEPT ART
CARTOON



> CONSULTAS: 941.65 9436

